

(Re)semantizar la memoria como pedagogía decolonial: a propósito de un diálogo con Jamile Borges(1)
To (Re)semantize memory as decolonial pedagogy: for the purpose of a dialogue with Jamile Borges

Francisco Ramallo (2) y Sonia Bazán (3)

Resumen

Este texto recoge una entrevista biográfica con Jamile Borges en la que se reflexiona sobre las posibilidades de (re)semantizar la memoria, como práctica de una pedagogía decolonial. Especialmente se destacan la continuidad de las instituciones de la memoria con el proyecto colonial y la importancia de un debate público, en el que los museos, los archivos, las bibliotecas y las universidades se responsabilicen de los procesos que dolorosamente aún promueven; presentándole una especial atención a las imágenes del pasado de la diáspora africana. Asimismo a partir de desandar algunas marcas de la experiencia de esta antropóloga brasileña como educadora e investigadora y también de su biografía, conversamos sobre nuestro lugar en la academia y en la emergencia de discursos más amables

Summary

This text includes a biographical interview with Jamile Borges in which he reflects on the possibilities of (re) semantizing memory, as a practice of a decolonial pedagogy. Especially noteworthy are the continuity of memory institutions with the colonial project and the importance of a public debate, in which museums, archives, libraries and universities are responsible for the processes that painfully still promote; presenting special attention to the images of the past of the African diaspora. Likewise, from the perspective of retracing some of the experiences of this Brazilian anthropologist as an educator and researcher as well as her biography, we talked about our place in the academy and the emergence of more kind discourses with human life.

con la vida humana.

Palabras claves: Afrodescendencia; Estudios descoloniales; Memoria; Pedagogía.

Key Words: Afro-descendence; Decolonial studies; Memory; Pedagogy.

Fecha de Recepción: 23/03/2019
Primera Evaluación: 08/04/2019
Segunda Evaluación: 11/04/2019
Fecha de Aceptación: 22/04/2019

P1: ¿Cómo relatarías tu biografía académica? ¿Qué hitos podrías reconocer o mencionar en tu acercamiento al campo de la pedagogía descolonial? ⁽⁴⁾

Podría comenzar diciendo que mi acercamiento al campo, no comenzó con mi llegada a la Facultad de Educación de la Universidad Federal de Bahía –en adelante UFBA-. Ya que desde mi graduación en Ciencias Sociales empecé a pensar al currículum como un instrumento político. La discusión de ese momento –en los años noventa- priorizaba su utilización instrumental, asentada aún en un abordaje eurocéntrico que privilegiaba las cuestiones relativas a los contenidos. Aún en la perspectiva crítica de lo que en la academia brasileña se llamó Nueva Sociología de la Educación (NSE), a partir de contribuciones como las de Michael Young y Michael Apple, Bernard Charlot y Jacques Ardoino, además del español Cesar Coll.

Para mí fue fundamental participar en esos años de un proyecto de investigación, que se titulaba “Currículo, trabajo y construcción del conocimiento: ¿realidad vivida en la escuela o utopía del discurso académico?”, coordinado por Teresinha Fróes Burnham en la Facultad de Educación de la UFBA. En aquella época la discusión sobre la modernidad y la postmodernidad era la tónica –con autores como David Harvey, Anthony Giddens o Robert Kurz que estaban en las vidrieras de muchas librerías brasileñas- que buscaba entender a la escuela mirándola para

dentro de sí y entendiendo al currículo como una espina dorsal, como un eje estructurante para el pensar y el hacer docente y como sustentación para construcción de proyectos civilizatorios.

En la década siguiente – precisamente en 2002- Antonio Flavio Moreira, un destacado investigador del campo del currículo en Brasil, procedió a realizar un extenso mapeamiento sobre los currículos escolares durante los dolorosos años noventa. La llamada “década perdida” fue tremenda para el campo educativo brasileño, considerando el denso ejercicio de reflexión histórica sobre la producción intelectual brasileña en el campo curricular Antonio Flavio recordó que fueron relevados diferentes modalidades de textos sobre la escuela y el currículo- textos políticos, raciales, con perspectiva de género, fenomenológicos, postmodernistas e posestructuralistas, (auto)biográficos, estéticos, teológicos, centrados en las instituciones escolares, histórico e internacionales-. Pero pese a estas notables contribuciones, la preocupación por el desarrollo curricular prácticamente desapareció del escenario y pasó a predominar el propósito de comprender el proceso curricular más que indagar su funcionalidad política.

Podríamos decir que estábamos más preocupados con las condiciones en las que se practicaba el currículo en las instituciones educativas –la praxis curricular- que de interrogar sobre los límites propios de la experiencia curricular en sus temporalidades e

historicidades. Pese al volumen de textos educativos publicados, fueron raros los que intentaron emprender una especie de genealogía o mismo una arqueología de saberes sobre las prácticas curriculares producidas dentro de Brasil. Tal vez hubiese sido más prolífero producir una arqueología -al modo de Foucault – que nos permitiese “oír” los silencios y ruidos, entre los caminos de los discursos tejidos “para” y “sobre” el curriculum, en lugar de gritar las vicisitudes y las necesidades de producir “una” identidad para el curriculum en Brasil. Estas discusiones hicieron que me acercase, más tarde, desde antropología de la educación para pensar en una dimensión cultural o más bien el campo de la cultura de la educación.

P2: ¿Cómo describirías tu relación con la universidad? ¿Qué lugar ocupa en ella estar construida identitariamente como una mujer negra?

Primero creo que es necesario reconocer la nítida influencia en el pensamiento eurocentrado de las producciones intelectuales brasileñas, con poca –o ninguna- articulación con las llamadas epistemologías del sur -a pensar de su enorme difusión y que el por ejemplo el sociólogo portugués Boaventura De Souza Santos esté al menos una vez por año en algún evento de las universidades brasileñas. Desde los años 2000, por lo tanto hace casi dos décadas, diversos autores apostaron a

una perspectiva otra para las ciencias humanas y para la educación en todos sus niveles. Desde la educación básica hasta la enseñanza superior apareció todo un nuevo léxico que condice con la verborragia postmoderna y que a partir de curriculum semánticos, polifónicos, en redes, hipertextuales, interactivos, dinámicos, en estructuras disipativas o cuánticos, nos hablan de un nuevo tiempo. Estas categorías, a pesar de las viejas prácticas pedagógicas, comenzaron a prometer proyectos educativos emancipadores, que por mucho tiempo nos asombraron.

La realidad, entretanto, tiene aquél viejo y conocido modo de espantarnos. Y ese fue nuestro espanto, percibir que en la práctica –en el cotidiano de nuestras universidades- pocas cosas mudaban. Y fue por entender la importancia de cuestionar los modelos vigentes que muchos de nosotros, buscamos romper la senda de la intolerancia histórica en el campo intelectual y formativo, intentando producir otros modos de ser y hacer que incorporase una otra lógica en la producción de conocimiento. Narrativas más compartidas con aquellos que vivencian en las aulas y las experiencias de convivencialidad, en lugar de posiciones y hablas autorizadas para los pares, fue lo que de pronto, admito, me avergüenzó en una especie de “verdad inconveniente”.

En mi experiencia personal, tanto en Europa –principalmente en Portugal, donde estuve realizando una estancia de postdoctorado- como en América Latina –donde también visité varios países-,

podría decir que hay pocos intelectuales interesados verdaderamente en una crítica decolonial —o descolonial, como llaman aquí— a los modos impuestos en nuestras universidades, que aún son profundamente endogámicas. Del mismo modo los intelectuales más progresistas parecen sordos frente a propuestas y proyectos políticos decoloniales, como tanto ha señalado Ramón Grosfoguel en sus innumerables denuncias al pensamiento colonial-neoliberal en las academias y en nuestro países del sur. A saber las universidades en Brasil, Argentina, Venezuela, Colombia, entre otros, están marcadas por la presencia imperialista de las lógicas de las grandes corporaciones educativas y financieras, rechazando los desafíos de abordajes críticos y epistemológicos que se proponen en estos discursos académicos a partir del sur global.

Mi relación con la universidad hoy se afirma apoyándome en la idea de una imposibilidad para pensar la producción de investigación y la materialidad de la vida sin considerar una perspectiva interseccional, y más aún sin considerar que nuestras universidades están también atravesadas por la misma política de estado que Achille Mbembe llamó necropolítica. O sea, hay un proyecto en curso de biopoder que pretende separar, eliminar no sólo personas —hombres y mujeres negras— sino también matar proyectos, historias y horizontes otros. Y desde aquí, como mujer negra, es que entiendo fundamental recuperar el concepto

de justicia epistémica y cognitiva. En mi presencia en la universidad, no dejo de preguntarme ¿Cómo las universidades en América del Sur, Central y del Caribe pueden hacer frente al modelo “Plantation” apuntado por Angela Davis o al necropolítico del propio Achille Mbembe, como expresión de racionalidad colonial?⁽⁶⁾ Lo que significa interrogar ¿Cómo nosotros —intelectuales— podemos fabricar narrativas, prácticas y poéticas que nos sustenten y nos mantengan fuera de las estructuras carcelarias de la universidad como plantación contemporánea?

P3: En tu vida universitaria y trayectoria académica ¿qué continuidades y rupturas has podido advertir?

La continuidad de la universidad es sistémica. La universidad es elitista, sexista, racista y patriarcal. Creo que sobre todo hay una continuidad respecto al modo en cómo está organizada la producción del conocimiento, y por más que existan algunos cambios —por ejemplo en la división de las áreas del saber y la construcción de nuevos proyectos de investigación— existe una continuidad con el proyecto colonial de representar a los “otros”. Diría también que tenemos una universidad umbilical, una universidad centrada en proyectos de personas y no de proyectos institucionales colectivos y muchos menos pensados para toda la sociedad.

Sin embargo también creo que en la universidad existen algunas rupturas.

A pesar del racismo, el sexismo y la homofobia institucional, hoy existen otras condiciones. Quizás y más que nada estas, se deban a la presencia de colectivos sociales más fuertes, que presionan a la universidad tradicional. Por ejemplo la aprobación de la ley de enseñanza de las cuestiones étnicas y afro-brasileñas, las leyes de acciones afirmativas o la emergencia de colectivos negros, hacen que se repiensen los modelos de producción del conocimiento y también de difusión de esos saberes. La creación de convocatorias que promueven estudiantes “cuotistas” – es decir aquellos que ingresan por cuotas como indígenas, quilombolas o trans- , y las políticas de permanencia de estos estudiantes en situaciones de vulnerabilidad social, provocan un empoderamiento de poblaciones que históricamente han sido marginalizadas en la universidad.

P4: Podríamos decir que te especializaste en los estudios sobre la memoria de la diáspora africana ¿Cómo crees que eso se relaciona con tu (auto)biografía?

A pesar de que hoy la memoria es una espina dorsal de mis investigaciones y mis proyectos de investigación, originalmente no pensaba estudiar sobre memoria. Vengo de una graduación en Antropología Cultural, luego realicé una maestría en la que trabajé temas de educación, comunicación y curriculum y finalmente realicé un doctorado estudiando museos y memoria. En mi

tesis doctoral analicé como algunos museos, en Estados Unidos y en Brasil, trataban la memoria de la diáspora africana. Estaba preocupada por indagar cómo las poblaciones afrodescendientes lidian con ese doloroso pasado esclavizado, comparando tres museos: uno en Chicago –que está considerado el primer museo en trabajar sobre la memoria de la esclavitud-, el Museo Afro-brasileño de San Pablo y el Museo Afro-brasileño de la Universidad Federal de Bahía. En este momento me doy cuenta que la memoria como tema atraviesa toda mi formación, a pesar de que no trabajé siempre con ella como categoría de análisis. La memoria ya estaba ahí, a partir de la memoria es que me encontré una forma posible de articular educación y antropología.

Creo que fue el campo de la Educación el que me llevó a los estudios de la memoria. La educación me hace pensar en cómo comprendemos ese pasado. Me llevó a preguntarnos cómo nosotros construimos una trayectoria de formación o cómo construimos un proyecto curricular, a partir de una noción de memoria. En mis últimos años mi aproximación a los estudios descoloniales –o la perspectiva de una educación antirracista-, los estudios de género, las teorías queer o la literatura de Ángela Davis, me hizo entender que la memoria es central para la construcción de los proyectos de sociedad que podemos enunciar desde el sur. Diría que no sólo para entender los orígenes de mi ancestralidad y no apenas para recuperar una idea

originaria de dónde vengo, sino que más bien es fundamental para intervenir en un campo de afectación atravesada por nuestras (auto)biografías.

Como una mujer negra, como una mujer pobre, como una mujer nacida en la periferia, como una mujer lesbiana que llega una Universidad como docente y que es Doctora, hoy puedo decir que la memoria es un instrumento para pensar cómo puedo intervenir en condiciones de injusticia social. La memoria es para mí un elemento que me constituye, es un espacio de atravesamiento que me permite una porosidad intelectual para afectar teorías científicas y discursos académicos. Y también, por supuesto, es una forma de afectar resonancias sobre mis estudiantes, mi trayectoria intelectual y sobre las personas que están a mi alrededor.

P5: En los últimos años estas trabajando con la idea de una (re) semantización de la memoria de la diáspora africana ¿Cuál sería la propuesta de este concepto?

La propuesta de (re)semantización de la memoria podría ser pensada como una especie de cirugía. Una cirugía metodológica, epistemológica y ontológica que propone (re)marcar la proximidad entre el profundo sentimiento de dolor asociado a la diáspora africana y las instituciones canónicas de la memoria. En el sentido que los museos, los archivos, las bibliotecas y las universidades han lidiado con los pasados de los pueblos subalternizados

en una especie de tiempo atávico, con un régimen de ausencias descontextualizado de su campo de producción. En el que aparecen situadas de una manera cruel, como si esas mismas instituciones no fuesen responsables de esos mismos procesos de dolor. Entonces (re)semantizar la memoria es tratar con esa memoria, tratarla como el dolor que producimos allí pero también reconociendo que son más que eso.

En el último tiempo estuve pensando la memoria desde la categoría del fantasma. Lo fantasmático -como instrumental teórico, metodológico y también ontológico- es útil para pensar que sujetos podemos ser, que sujetos queremos ser, tanto en el pasado como en el presente y en el futuro. Y sobre todo cómo esos fantasmas del dolor, de la esclavitud, del patriarcado o de la opresión, pueden ayudar a producir otras ontologías. No sólo y apenas otras metodologías, sino también otras ontologías. Los museos, los archivos, las bibliotecas y las universidades aún tienen un organización tremendamente colonial, aunque hoy y sobre todo a partir de las tecnologías digitales, existen otras (re)semantizaciones de estas memorias.

P6: En esta (re)semantización de la memoria ¿cómo caracterizarías tu trabajo en el museo Afrodigital que dirigís?

El trabajo del Museo Afrodigital busca producir otra ingeniería discursiva y otras

prácticas no coloniales que permitan emprender un nuevo movimiento ético, estético, político y cultural entre los márgenes del Atlántico y especialmente referente a las poblaciones de la diáspora. Yo comprendo los museos, archivos, bibliotecas y universidades –aquellos espacios que Pierre Nora llamó “lugares de la memoria”– como territorios de luchas anticoloniales, capaces de responder a siglos de espoliación y dominación colonial. La fase política y la estética de este Museu Afrodigital rechaza la África y el Brasil de las revistas *National Geographic* y recrea un territorio conceptual en que los mitos del “encuentro cordial” y las figuras coloniales son representados a través del arte, de performance, de fotografías, de literatura, con personajes que representan nuevas formas de combate en la era del capitalismo global.

El Atlántico, para nosotros, se representa como *topus* para construir una narrativa alternativa sobre las experiencias de las poblaciones negras y amerindias en el pasado, el presente y el futuro. Compone un movimiento que parte de realidades históricas y sociales que proponen una crítica, una relectura y una reinención. Tanto como con el objetivo de reinterpretar el pasado, cuanto con el de imaginar el futuro. A partir de una apropiación de tecnologías, de artes, de academias y del imaginario por parte de las comunidades diaspóricas. Esta apropiación equivale a utilizar las tecnologías materiales y inmateriales, tanto como las digitales, transformándolas en armas

de resistencia de masas. Tal vez la propuesta es demasiado ambiciosa, pero nuestro desafío es proponer algo que se encuentra en la frontera entre la idea, el evento y la práctica. Inicialmente el intento es el de abrir un espacio semántico, entre las aguas del océano que habitamos y los flujos que habitan en nosotros. Caminar aún, golpeando piedras, para desafiar las nociones de raza, racismo, patrimonio o pasado, desde nuevas claves de análisis que nombran y apuntan horizontes posibles, para comprender nuestro tiempo y nuestras temporalidades.

Arjun Appadurai –el antropólogo indio reconocido por sus trabajos sobre la modernidad y la globalización– ya nos dijo hace bastante tiempo que el mundo en que vivimos parece esquizofrénico, por un lado como alienación y distancia psicológica entre individuos y grupos, y por otro fantasías (o pesadillas) de la ubicuidad electrónica. Esto es, una de las paradojas de nuestra condición histórica y la ocurrencia simultánea de tendencias contradictorias. O sea por un lado la globalización de los procesos económicos y culturales engendra un creciente conformismo en el consumo, los estilos de vida y las telecomunicaciones. Y por otro lado, vemos también la fragmentación de esos mismos procesos; el resurgimiento de lo regional, lo local, lo étnico, lo cultural y las diferencias –no sólo entre los bloques geopolíticos, sino también dentro de ellos. Patrimonializamos la desigualdad y normalizamos modos desiguales de vida a través de

tecnologías y necropolíticas -políticas de vida y muerte para diferentes grupos étnicos-. Al final y al cabo, lo que deseamos con el Museo Afrodigital es ayudar a producir otra nueva geopolítica, cruzando las divisas entre espacios y deshaciendo también las fronteras entre temporalidades avanzadas y atrasadas, entre capacidades tecnológicas y fantasmáticas y, crucialmente, entre quienes pueden y quién no pueden narrar su futuro.

P7: En tus investigaciones sobre la memoria ocupa un lugar importante el diálogo con diferentes instituciones africanas ¿podrías comentarnos algunas experiencias en ese continente?

Podría decir que estas experiencias comienzan en los inicios de los años 2000 con la posibilidad de doctorarme, cuando la Facultad de Educación de la UFBA pasa por un proceso de fuerte de aglutinamiento de sus fuerzas de producción de investigación y pasa a tener núcleos temáticos. Desde ese momento a mí no me interesaba hacer investigación en ese cuadro tradicional, no quería sólo hacer nota y puntuación en ese ámbito de productivismo. Y además como no había un espacio en esa facultad para pensar las relaciones étnico-raciales, el género o el campo de la teoría crítica, me aproxime a otros colegas del área de antropología. En el año 2009 me invitaron a participar en un proyecto para construir un archivo digital de la memoria afro-brasilera. En ese

momento y a partir del contacto con Livio Sansone, comencé a articular dos áreas de trabajo: por una lado la tecnología –en pleno auge de la popularización del internet en las escuelas y en las universidades- y por otro la antropología, para pensar la recuperación de una lectura crítica sobre la memoria de las poblaciones africanas y afrobrasileñas. Ese proyecto de un archivo digital de la memoria africana, me llevó al campo de los estudios étnicos y africanos en Brasil. Me acercó a la museología y decidí hacer mi doctorado sobre la iconografía de la diáspora africana. Allí comenzamos a organizar una repatriación de algunos acervos coloniales y a pensar en la necesidad de pensar los archivos como un retorno para la sociedad.

Especialmente durante los gobiernos de Lula se desarrolló un fortalecimiento de las relaciones con el continente africano, sobre todo con los llamados países lusófonos. Tal vez Brasil sea uno de los primeros países con un proyecto de reparación y de perdón, por el doloroso tráfico de la importación de poblaciones africanas esclavizadas. En esos años de forma persistente y significativa. se desarrollaron varios proyectos de transferencia de tecnologías en el continente africano. Y en ese contexto armamos una propuesta de transferencia en la que debíamos ofrecer un producto para llevar a una institución africana y luego vendría un grupo intercambio a Brasil. Particularmente hicimos un acuerdo con el Archivo Histórico de Mozambique, porque identificamos que ese archivo

estaba pasando grandes dificultades – sobre todo desde el punto de vista de su infraestructura- y no disponían de un personal capacitado para trabajar con la conservación y la digitalización de los acervos que disponían. En el año 2010, viajé por primera vez, haciendo un trabajo de capacitación de técnicos en ese archivo histórico. Después una delegación de técnicos viajó para Brasil y trabajamos juntos en el Archivo Nacional y en la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro. Sobre todo nos concentramos en ofrecer herramientas de conservación, digitalización y longevidad de los documentos de sus archivos históricos. La experiencia fue tan potente que ese proyecto se reeditó en el 2011 y en el 2012, durante esos tres años hicimos seis misiones diplomáticas que además de Mozambique se extendieron a Cabo Verde y Guinea Bissau. Esta iniciativa fue pionera en el ámbito de las humanidades, porque sólo existía transferencias tecnológica en otras áreas como agricultura o ciencias de la salud.

Además desde Posafro y el Centro de Estudios Afro-Orientales de la UFBA desarrollamos varios proyectos de cooperación e intercambios con diferentes universidades africanas, que involucraron tránsitos de estudiantes, profesores y proyectos de investigación colectivos. Entre 2009 y 2016 –hasta la interrupción democrática en Brasil- estuvimos realizando diferentes investigaciones en el continente africano, aunque hoy se interrumpieron por la falta de recursos y el abandono

de programas de cooperación, mantenemos las redes y las relaciones con diferentes instituciones.

P8: ¿Es por esta cercanía a África que los estudios descoloniales a los que vos te adscribís no sólo se refieren a las referencias latinoamericanas impulsadas por el programa modernidad/colonialidad? ¿cómo podrías caracterizar esas literaturas aún poco conocidas en la región?

Mi biografía intelectual o digamos la genealogía de mi proceso formativo, se dio en el contexto universitario brasileño, que es profunda y casi diría absolutamente eurocéntrico. Toda la literatura de mi graduación -tanto en sociología como en antropología- fue marcadamente inspirada por la academia francesa -Marcel Mauss, Claude Lévi-Strauss, Pierre Bourdieu y Michel Foucault-. Más aún, exagerando, diría que en Brasil las Ciencias Sociales parecerían ubicarse en los años cincuenta del siglo XX hasta la Escuela de Frankfurt, como si no hay nada antes o después de eso. En el campo de la Antropología aún hoy la mayoría de los autores y referenciales teóricos que se trabajan, provienen de las Escuela de Chicago, la antropología interpretativa posestructuralista, o en el mejor de los casos Deleuze y Guattari. No hay un lectura de las Ciencias Sociales en y desde América Latina, y muchos menos la hay del continente africano. Prácticamente esa literatura está ausente, sólo algunos programas

específicos comenzaron a incluir otros autores del sur. El programa de posgrado en donde trabajo, el de Estudios Étnicos y Africanos de la UFBA, es bastante singular en ese sentido. Fue el primer programa de nuestra facultad en ofrecer una formación multidisciplinar -hoy diríamos interdisciplinar- y al mismo tiempo siempre estuvo vinculado con la producción científica sur-sur. Es un programa pequeño y joven, pero existe un continuada movilidad de docentes y estudiantes con el continente africano y con otros países latinoamericanos. Eso abre el debate y nos hace estar cerca de África.

También es cierto que la producción del programa modernidad/colonialidad pasó a tener creciente difusión en Brasil, intelectuales como Walter Mignolo, Ramón Grosfoguel, Enrique Dussel, o el propio brasileño Eduardo Viveiros de Castro están presentes en nuestro programa de posgrado. La Fábrica de Ideas, que es un proyecto que impulsamos con el profesor Livio Sansone como una escuela doctoral en estudios étnicos-raciales, es un lugar diseminador de estas literaturas. Este espacio pasó a tener un papel fundamental en la difusión de esa producción intelectual, en la circularidad, la movilidad de las personas, las categorías y el fortalecimiento de redes.

En el campo de la Educación las discusiones sobre las perspectivas descoloniales o los estudios étnico-raciales aún son refractarias, su mayor énfasis poco se disloca de las áreas de comunicación o de las tecnologías. A

pesar de ello en UFBA hay un red de personas escribiendo y discutiendo sobre educación y colonialidad, yo por ejemplo trabajo con la idea de que la relación entre tecnología, educación y sociedad no es una relación aséptica. La tecnología necesita ser pensada a partir de la interseccionalidad, del sexo, el género, la clase o la raza.

P9: ¿Cuál crees que es el aporte de los estudios descoloniales a la educación? ¿Es posible una pedagogía descolonial?

Creo que una pedagogía descolonial, de este lado del Atlántico, no puede ser pensada desvinculada de la multiplicidad de identidades desarrolladas durante la colonialidad, la globalización, el postcolonialismo, las migraciones y las diásporas. Ya que se trata de una pedagogía que colabora en producir otras narrativas críticas a la continuidad de un pasado colonial (atávico), performatizando futuros marcos teóricos y metodológicos para romper fronteras más allá de los guiones (afrobrasileños, afro-colombianos o afro-argentinos, por ejemplo).

Sabemos por la experiencia de innumerables trabajos de historiadores, etnógrafos, antropólogos y pedagogos, que desde el surgimiento del llamado pensamiento descolonial, se expandieron discursos articulados sobre los dos lados del Atlántico, sobre los márgenes del continente más allá de las fronteras y dentro de la experiencia múltiple de comunidades marcadas por

la diáspora, al mismo tiempo que se comenzó a interrogar nuestras propias experiencias éticas y estéticas de convivencia. El pensamiento descolonial introdujo en nuestro vocabulario conceptos como hibridismo, criolización, subalternidades, flujos, fronteras, porosidades e indeterminación, visando la crítica a las herencias eurocéntricas y a la ontología y epistemología occidental.

Pienso que una pedagogía descolonial necesita estar anclada en el reconocimiento de esos desafíos, puestos por los intelectuales negros y negros, por los teóricos del pensamiento *queer*, por los saberes de las poblaciones periféricas y subalternizadas y por la necesidad común de un pensamiento-otro. Otriedades epistémicas, en lugar de las alteridades coloniales, devienen en pedagogías descoloniales. Tal vez sea necesario lo que escritor antillano Edouard Glissant llamó el “pensamiento archipiélago”, como un pensamiento del temblor, de la no presunción, de apertura y de compartir. Un paso, travesía entre el lugar y el mundo, un trayecto de errancia que produce nuevas ecologías de pertenencia. Una poética del territorio y de sí, un pensamiento de viaje y del retorno –en el que África por ejemplo, compone un retorno de lo reprimido-. Y, además, una (bio)política de la equivocación, es decir, otros viajes y ontologías para el encuentro con la vieja Europa, llevando nuestros cuerpos e historias para reescribir la memoria del opresor y nuestras propias memorias.

P10: En los nuevos tiempos políticos de América Latina y el doloroso giro neoliberal en los gobiernos actuales ¿qué significado cobran para vos las perspectivas descoloniales en la Universidad? ¿cómo se actualiza este significado en la coyuntura actual?

Pienso que es importante trazar en este panorama que Brasil vive desde el 2016 un golpe de estado, la consolidación de un proyecto neoliberal que ahora actúa de un modo oficializado. El proyecto de privatización de las universidades públicas, que no es nuevo, ahora se materializa en el golpe. La privatización de las investigaciones y la reducción de los fondos de las políticas científicas, hoy van ganando legitimidad. Y siempre las ciencias humanas son potencialmente las más afectadas, son las primeras en sentir el impacto. Creo que hoy debemos pensar estrategias defensivas, reactivas y de resistencia frente a ello. Las humanidades están siendo afectadas, hoy hay profesoras y colegas que están siendo perseguidos. El caso de rector de Universidad Federal de Santa Carina, que fue llevado al suicidio por un campaña que buscó desmovilizar su trabajo político de las universidades. En síntesis, Brasil vive hoy en un estado de excepción, es un momento muy serio que precisa ser denunciado.

Formal, institucional e intelectualmente se reacciona muy poco en las universidades. Por ejemplo todavía no hubo un entendimiento que articule esa discusión de la colonialidad respecto del golpe en Brasil. Los análisis

que circulan hoy aún son marxistas, están pensados desde la clase más que pensar en una perspectiva racial o de género. Y es claro que la retirada de Dilma del poder está sustentada por una perspectiva misógina, que agrade a las mujeres y a los grupos desfavorecidos. Y más aún a Dilma la primera presidenta de Brasil, una sociedad fuertemente heteropatriarcal y heteronormativa. Los colegas que lideran estas discusiones aún hoy olvidan como las cuestiones raciales o las cuestiones de género nos involucran. Yo creo que sería fundamental pensar el golpe en la coyuntura académica de los estudios decoloniales, para repensar este escenario brasileño desde la colonialidad de poder, la cuestiones de género y raza, el avance del proyecto neoliberal, el genocidio de la población negra, la matanza de las poblaciones LGTB y todas las políticas homicidas del estado.

P11: ¿Qué deseos formularías para las universidades latinoamericanas

Notas

(1)Docente e investigadora de Pos-Afro-Centro de Estudios Afro-Orientales y de la Facultad de Educación de la Universidade Federal de Bahía (Brasil). Directora del Museo Afro Digital y coordinadora del proyecto de la Fábrica Ideas. Correo electrónico: jamile.ufba@gmail.com

(2)Docente e investigador del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP) y Becario postdoctoral de CONICET. Correo electrónico: franarg@hotmail.com

(3)Docente e investigadora del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Directora del Grupo de Investigaciones en Didáctica de la Historia y Ciencia Sociales (GIEDHiCS). Correo electrónico: bazansa@gmail.com

de los próximos años? ¿cuáles crees nos comprometen como profesores universitarios?

Deseo una universidad más horizontal, sobre todo en el campo de la producción del conocimiento. Una universidad menos opresora y con más justicia epistémica. Una universidad que pueda hacer una autocrítica de sus funciones y de su lugar social, ya que produce conocimiento para afuera pero poco se piensa para adentro. Fabricamos una producción intelectual, pero poco reflexionamos sobre nuestra producción. Deseo que las universidades, seculares, eurocéntricas, elitistas y opresoras, sean menos hipócritas. Deseo una universidad para todos y todas- la universidad no fue creada para todos y todas- y a nosotros/nosotras, más aún como profesores, nos corresponde derribar sus puertas. Nos cabe incluir, abrir, interseccionalizarla, ennegrecerla y enviadescerla, para que poco a poco pueda ser para todos, todas y todes.

(4) Este texto forma parte de las conversaciones mantenidas con la Dra. Jamile Borges, a partir de su estancia post-doctoral en el Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación (CIMED) entre marzo y abril de 2018 y especialmente recoge algunas contribuciones del seminario de posgrado “Pedagogías descoloniales y memoria: Patrimonios transatlánticos y tecnologías de la diáspora”.

(5) El modelo de las plantaciones apuntado por la feminista negra norteamericana Angela Davis en su “Mujeres, raza y clase” y el concepto de Necropolítica desarrollado por filósofo camerunés Achille Mbembe refieren a una profunda crítica al humanismo y la ciencia occidental en su continuidad y complicidad con las políticas coloniales de vida y la muerte.